HEIDEGGER TAL CUAL

A PROPÓSITO DE UN LIBRO DE SAFRANSKI[1]

Carla Cordua

El libro de Safranski sobre Heidegger combina con éxito una biografía, una historia intelectual y una reseña de los tiempos a que pertenecen la vida y la historia reconstruidas. En veinticinco capítulos el autor narra con desenvoltura y acierto las líneas generales de la vida y los hechos del pensador alemán y ubica en ellas los aspectos sobresalientes de las ideas que proponen sus libros, cursos, conferencias, seminarios, cartas y conversaciones. La capacidad de Safranski para exponer el sentido general de la filosofía de Heidegger en términos muy accesibles, es asombrosa; sin rebajar sus temas ni abaratarlos explica, las más de las veces con precisión, los principales planteamientos y resultados del filósofo en los trabajos a los que dedicó su vida. La riqueza del libro es muy grande: sus más de 500 páginas no contienen palabras de más ni repeticiones; todo el espacio está ocupado por información pertinente y de buena ley. Cientos de personas y autores relacionados con Heidegger son caracterizados y puestos en conexión con las ideas y los asuntos de que tratan los capítulos. El libro de Safranski se parece en varios respectos a la sobresaliente obra que Ray Monk dedicó hace algunos años a la vida y la obra de Ludwig Wittgenstein, *The Duty of Genius*. Merecedor de un importante premio alemán y prontamente traducido a varios idiomas, este "maestro oriundo de Alemania" debiera ser leído, por más de una razón, por muchos y, sobre todo, por los profesores de filosofía.

La manera como Safranski aborda la personalidad y la obra de Heidegger resulta bastante novedosa en lengua alemana. El escritor establece desde la partida, con libertad y desenfado, cierta distancia respecto del filósofo; ella le permite reconocer méritos y deméritos con sostenida ecuanimidad. Faltan del todo en el libro tanto la devoción incondicional como la crítica injustificada o el punto de mira mezquino u odioso. A pesar del perfecto equilibrio de los planteamientos, el interés de Safranski en Heidegger es intenso, diversificado e inteligente. El juicio del escritor

[1] Rüdiger Safranski, *Ein Meister aus Deutschland: Heidegger und seine Zeit*, Frankfurt a. M., Fischer, 1997, 520 pp. (Un maestro oriundo de Alemania: Heidegger y su tiempo). Hay traducciones del libro al castellano: R. Safranski, *Un maestro de Alemania, Heidegger y su tiempo*, Tusquets, 1997; al inglés: R. S., *Martin Heidegger: Between Good and Evil;* Ewald Osers, transl., Harvard University Press, Cambridge MA, 1998; al francés: R. S., *Heidegger et son temps*, Bernard Grasset, 1996.

sobre Heidegger y sus obras resulta, de este modo, notablemente justo, matizado y responsable. Es evidente que la comprensión de su tema lograda por Safranski no proviene de un fervor apasionado por el filósofo; pero aquella comprensión tampoco parece deberle nada a mañas idiosincráticas o rencores del autor. Es el producto, más bien, de un esfuerzo desapasionado por conocer y decir las cosas como son. Como está visto que hay muchas maneras de leer a Heidegger, conviene declarar que Safranski no presenta ni a este filósofo ni a la filosofía como medios de salvación u oportunidades histórico-universales para iniciarse en verdades místicas. En este sentido, lo que Safranski demuestra es que entender bien es muy diferente de imitar lo comprendido o repetirlo ritualmente.

La obra de Safranski resulta novedosa en alemán porque prescinde del culto a la grandeza y de su correspondiente retórica, tan persistentes en ese idioma. Es usual no referirse a los grandes sino para homenajearlos; dando reiteradas muestras de una abrumadora admiración, el cultor se dedica, no importa el costo, a ignorar o callar toda pequeñez. ¿Cómo podría combinarlas con la grandeza celebrada? Esta actitud parece haberse instalado en el alemán durante el siglo XIX. Ernst Jünger dice al respecto[2]: "Mi padre era un típico representante del siglo XIX en eso de apreciar a las grandes figuras. Comenzaba por Aquiles, seguía con Alejandro Magno y se extendía a los conquistadores y Napoleón". Sin buscar más lejos, también la encontramos en el mismo Heidegger y la mayoría de sus discípulos y amigos, que continuaban, en pleno siglo XX, hablando sin cesar de grandezas[3], que a veces atribuyen a personas, pero más frecuentemente descubren en obras, acciones y, sobre todo, en proyectos y aspiraciones de los propios hablantes[4]. El enfoque y los hábitos mentales de Safranski son completamente ajenos a esta tradición y su uso del lenguaje.

La obra de Safranski compara favorablemente con otros escritos similares sobre Heidegger que la precedieron. Es superior no solo por la información de que este autor dispone al escribir, que es mucho más completa que la que tuvieron sus predecesores. También la actitud del autor y el grado de compenetración con su asunto que muestra el libro representan un nivel superior. Los escritos y la vida de Heidegger han sido intensamente estudiados por investigadores del mundo entero en los últimos años. Además, algunos de los rumores, tan malintencionados como ignorantes, que circularon en los años que siguieron a la guerra y a la derrota de Alemania, han sido

2 Julien Hervier, *The Details of Time. Conversations with Jünger*. Transl. by J. Neugroschel, New York, Marsilio Publishers, 1995, p. 32.

3 En la correspondencia de Heidegger y también en sus escritos abundan las expresiones de veneración de la grandeza, concebida como lo que se opone a lo ordinario o común y corriente, objeto de desprecio. En la correspondencia con Jaspers, por ejemplo, véanse las expresiones del contraste entre 'los enanos' (*die Zwerge*) y 'los grandes' (*die Grossen*): M. Heidegger / K. Jaspers, *Briefwechsel 1920-1963*, hrsg. von W. Biemel u. H. Saner, Frankfurt a. M., Klostermann, 1990, pp. 181, 183, 185, 188, 202-03, 209, 213, 284, 291. Las traducciones de las citas son mías.

4 "Heidegger amaba los grandes gestos; por eso nunca se sabe con precisión si habla del mundo occidental o de sí mismo, si la discusión se refiere al ser en general o a su propio ser". Safranski, 15. (En adelante, las citas del libro de Safranski insertadas en el texto o en las notas van seguidas de la página entre paréntesis).

refutados y corregidos por evidencia difundida recientemente[5]. La publicación de los nuevos volumenes de las obras de Heidegger y la creciente edición de cartas y otros documentos personales, han transformado el estado del conocimiento disponible. Safranski se ha valido, en apariencia, de todas las fuentes viejas y nuevas y ha conseguido dominar y organizar unitariamente esta enorme cantidad y variedad de materiales informativos.

Los primeros dos capítulos están dedicados a la modesta familia aldeana, de clase media baja, de la que proceden Heidegger y su hermano menor; al medio católico, estrechamente ligado a la Iglesia, en que los niños crecieron e hicieron sus estudios básicos y también a los primeros años de universidad de Martin. Antes de 1903, éste ya había llamado la atención del párroco del pueblo por su talento; el sacerdote comenzó a darle lecciones gratuitas de latín para hacer posible su asistencia a un colegio que le permitiera pasar más tarde a la universidad. En Messkirch, el pueblo natal, no había un establecimiento de educación media (*Gymnasium*) y la familia no podía costearle al muchacho estudios más allá de la escuela pública del lugar. La Iglesia se hizo cargo de financiar la educación de Martin enviándolo a un internado que formaba futuros sacerdotes. Durante seis años (1903-09) estudió Heidegger en Constanza y Friburgo gracias a becas en internados católicos, para ingresar, al cabo de ellos, al noviciado jesuita. Dos semanas después de comenzar salió del noviciado debido a una afección cardíaca. Entre 1909 y 1911 Heidegger estudia teología y filosofía en Friburgo. En estos años publica, en revistas académicas católicas, sus primeros artículos antimodernistas, tomando la posición de un partidario de la disciplina y la tradición. Heidegger recuerda más tarde solo a uno de los teólogos de entre los profesores de este período. Se trata de Carl Braig, un integrista y antimodernista, autor de un compendio que el estudiante leyó, *Del ser: Elementos de la ontología* (1896). En 1912, entre los 22 y los 23 años de edad, suspende Heidegger, durante una crisis personal, los estudios que conducen al sacerdocio. Se concentra, hasta 1913, en el estudio de la filosofía, las ciencias humanas y naturales (p. 58).

Sus primeras dudas como católico y alguna que otra crítica a lo que llama "el sistema del catolicismo" (pp. 24, 59) coinciden con el naciente interés del estudiante en las *Investigaciones Lógicas* de Husserl. Su tesis filosófica de doctorado de 1913, *La doctrina del juicio del psicologismo*, en la que figuran sus primeras reflexiones sobre el tiempo, que será el tema principal de su obra posterior, exhibe la fuerte influencia del logicismo husserliano. En el período que sigue a la suspensión de sus estudios teológicos, vive Heidegger de un préstamo que un amigo le consigue con un ciudadano privado de Breslau, con el argumento de que el futuro filósofo es la mejor esperanza del catolicismo alemán (p. 59). Entre 1913 y mediados de 1916, Heidegger solicita becas de la 'Fundación Schätzler en honor de Santo Tomás de Aquino' de Friburgo, y las obtiene con el compromiso expreso de dedicarse al estudio del tomismo y la escolástica (pp.62-63).

5 Véanse algunas explicaciones de Safranski sobre la relación de Heidegger con Husserl en la p. 291, por ejemplo.

Heidegger comienza a redactar un escrito bajo la dirección de Rickert sobre *La doctrina de las categorías y del significado en Duns Scoto* que lo habilitaría para ejercer como docente impago (*Privatdozent*) de la universidad, cuando estalla la guerra. Heidegger sirve en el ejército en una función de retaguardia debido a su afección cardíaca (p. 85). En 1915 obtiene la aprobación de Rickert para su escrito y cumple con el último trámite de la habilitación ofreciendo una lección probatoria sobre *El concepto de tiempo en la ciencia histórica*. Aunque su juicio sobre la vida académica es muy despectivo (p. 81), será en adelante, y por varios años, *Privatdozent* en la Universidad de Friburgo. Su ambición de ocupar la cátedra vacante reservada a la filosofía católica fracasó. "Es evidente que en este tiempo Heidegger desarrolla en cartas y en conversaciones personales una crítica de la filosofía católica que todavía no se atreve a expresar públicamente", dice Safranski (p. 82).

El corte decisivo con el catolicismo ocurre en 1919, después del casamiento de Heidegger con Elfriede Petri, una protestante, y del nacimiento de su primer hijo. Al casarse la pareja había contraído el compromiso de bautizar y educar a sus hijos en la religión católica; ahora anuncian que no pueden cumplir lo prometido (p. 88; cf. 127-129). Heidegger le escribe una carta de despedida a su amigo, el sacerdote y teólogo Engelbert Krebs, en la que le explica que "el espíritu histórico vivo, que ha conocido en Hegel y Dilthey, es la fuerza que le ha hecho problemático e inaceptable el sistema del catolicismo" (p. 85). Husserl le escribe a Rudolf Otto a comienzos de 1919, creyendo que Heidegger se ha hecho protestante, que él no ha tenido ni la más leve influencia sobre "el paso de Heidegger... al campo del protestantismo" (p. 88).

La fenomenología de Husserl, cuya influencia ya se deja ver en el escrito heideggeriano sobre Duns Scoto, pasa a ser la ocupación filosófica principal de Heidegger. Después de Brentano, son Husserl y su grupo el medio filosófico inmediato de Heidegger durante sus primeros años de enseñanza. Libre de presiones económicas después de su matrimonio gracias al trabajo de su mujer, el joven filósofo ejerce como profesor y como ayudante de Husserl en Friburgo entre 1918 y 1923. En este último año es llamado a Marburgo, donde ofrece su curso de ontología, que provoca el comienzo de la fama que lo señala como "el secreto rey de la filosofía".

Heidegger avanza rápidamente hacia la formulación de una filosofía propia. El primer curso que dicta después de la guerra (1919) contiene planteamientos influidos por Max Weber que le permiten definir algunas de sus diferencias con Husserl. Este no se habría ocupado sino de los modos de la conciencia teórica, sostiene. La función primaria de la conciencia sería la vivencia del mundo en torno, que no se vuelve teórica sino ocasionalmente (pp. 112; 116-117). La absolutización de la teoría sería la ruina de la filosofía; la teoría, en general, es *entlebend* (desvitalizante). En el curso de verano de 1925, dedicado a la historia del concepto de tiempo, organiza una formulación conjunta de las críticas a la fenomenología que había ido enunciando en sus lecciones previas. Husserl habría explicado los fenómenos, dice Heidegger, pero no la manera de ser de la conciencia intencional. El hombre no aparece en sus obras sino como lo opuesto a la naturaleza. La respuesta de Heidegger a la pregunta por el ser del hombre será el asunto de *Ser y tiempo* (pp. 101-102). Otra figura sobre la que, sin nombrarla, caen abundantes burlas e ironías en las clases de Heidegger, es Rickert

y la filosofía de los valores. Las clases son extraordinariamente pugnaces y pronto los estudiantes lo apodan "el pequeño brujo de Messkirch".

Safranski relaciona al autor de *Ser y tiempo* y de los escritos de fines de los años 20 y comienzos de los 30, con diversos filósofos alemanes del período y compara sus respectivas posiciones filosóficas. Dilthey, Cassirer, Scheler, Plessner, Mannheim, Bloch, Jaspers, Horkheimer, Adorno, Spengler, Klages, entre otros, sirven para caracterizar, por sus coincidencias y contrastes, la personalidad y las opciones teóricas de Heidegger. Discute, por ejemplo, la famosa polémica entre Cassirer y Heidegger en Davos en 1929 (pp. 211-216). Llamativo resulta el contraste entre estos dos filósofos de primera línea del mundo académico del momento, el humanista y gran señor, liberal, republicano y elegante, y el joven antiburgués y antihumanista, que se considera un revolucionario de la cultura y que, deseando ser visto como un trabajador que labora en las canteras de la filosofía, llega a la solemne reunión vistiendo sus ropas de esquiador. La discusión misma, lamenta Heidegger en un carta a Elisabeth Blochmann[6], no alcanzó el desarrollo deseado por él debido a la manera distinguida y demasiado cortés que le imprimió Cassirer.

En 1928, un año después de la publicación de la obra que le da fama mundial, lo llama la Universidad de Friburgo para que desempeñe la cátedra como sucesor de Husserl. En cartas dirigidas a Jaspers y a E. Blochmann, se queja de las consecuencias de su nueva notoriedad pública (pp. 217-218). Sus conferencias son verdaderos acontecimientos y, por mucho que, de acuerdo con sus últimas opiniones, la misión de la filosofía es angustiar y destruir en las personas toda seguridad en sí mismas y toda confianza en el mundo, lo que la convierte en un peligro para quienes se le acercan, el público de Heidegger parece recibir estas noticias de buen grado. La filosofía, sostiene en sus lecciones de 1929/30, "es lo contrario de cualquier tranquilidad y seguridad. Es el torbellino por el que el hombre es cogido vertiginosamente; es la única manera de que comprenda el *Dasein* (el ser humano) sin fantasías" (cit. en pp. 218-219).

Safranski considera las lecciones arriba citadas como "una obra maestra secreta". Heidegger anuncia lo que quiere lograr con ellas: "Con mi curso invernal de metafísica debiera resultarme hacer un comienzo completamente nuevo" (cit. en p. 218). Se siente lejos de *Ser y tiempo*, obra de la que le dice a Jaspers en carta del 24 de setiembre de 1928: "Ya ni me acuerdo que hace poco escribí lo que llaman un libro". En él ya se establecía un vínculo esencial entre la angustia y la nada posible de la existencia humana. Ahora, en estas lecciones, se acentúa el interés del pensador en la posibilidad humana de trascender el mundo de las cosas finitas en dirección, no de un mundo más allá de éste, sino de un vuelco radical de la manera cotidiana de pensar y preguntar. Heidegger estudia, genialmente según Safranski[7], la experiencia del

[6] Martin Heidegger/ Elisabeth Blochmann *Briefwechsel*, hrsg. von J. W. Storck, Marbach, 1989.

[7] Véase todo el capítulo XI que contiene un instructivo examen y resumen del análisis del aburrimiento por Heidegger en el mencionado curso de Metafísica.

aburrimiento, que en alemán se dice *Langeweile,* esto es, 'rato que se alarga'. El aburrimiento nos sume en los abismos nebulosos y vacíos de la existencia. Mediante este abandono de toda concreción y certeza, y la correspondiente caída en el vacío total, que sería el verdadero 'más allá' de la física mentado por los griegos que le dan su nombre a la 'metafísica', quiere ilustrar el pensador el origen de la filosofía (p. 221).

Según una interpretación bastante difundida, inicialmente apuntada por el mismo Heidegger, y adoptada luego por muchos de sus comentaristas para periodificar la historia intelectual del filósofo, el año 1930 señalaría un vuelco o *Kehre* en su manera de pensar. Esta historia se movería a través de diversos cambios desde el interés ontológico enfocado en el hombre al verdadero centro de la filosofía postmetafísica, cuyo asunto es el ser mismo, su historia o la pregunta por él. El vuelco establecería una división de la obra en dos períodos principales, antes y después del escrito *Sobre la esencia de la verdad.* Varios críticos ya habían rechazado esta periodificación por razones diversas. Safranski también se resiste a usarla (pp. 408, 443) y, en general, prescinde de divisiones muy tajantes en la obra de Heidegger.

La exposición de Safranski, estrechamente trabada de principio a fin, se organiza, por una parte, en torno a las obras e ideas principales, atendiendo a sus relaciones con los trabajos que las preceden y a lo que en ellas ya anuncia aquello que las sucederá; por otra, en torno a los grandes sectores de la historia intelectual de Heidegger. En esta narración estos sectores son tres: (1) Las dos décadas de trabajo juvenil, señaladas por la indiferencia política y caracterizadas por una intensa dedicación a configurar el proyecto heideggeriano de un pensamiento que, enjuiciando severamente el presente de la filosofía, rechaza sin apelación a la entera historia del pensar salvo su surgimiento en Grecia. (2) La conversión de la idea de que es precisa una revolución de la cultura que salve a Europa de la amenaza nihilista y comunista en un envolvimiento y compromiso de Heidegger con el partido nazi liderado por Hitler. Safranski relaciona este viraje hacia la política con los cursos que Heidegger dicta sobre Platón, en los que se exploran las posibilidades que la filosofía tiene de ejercer poder sobre su tiempo (pp. 244-251). En 1930, el filósofo declara: "La filosofía que perdura realmente no puede ser sino aquella que es verdaderamente la filosofía de su tiempo; pero, quiero decir, la que tiene poder sobre su tiempo" (cit. en pp. 241, 244). (3) El largo período de la llamada 'filosofía tardía de Heidegger' que se inicia cuando, después de 1933, Heidegger se vuelve hacia los grandes poetas e introduce la noción de un pensar poético (p. 251). Al referirse a este período, Safranski retorna a una exposición centrada en las obras principales y las ideas contenidas en ellas, pero también presta atención a los esfuerzos de Heidegger por difundir su obra en varios países europeos, reuniéndose con grupos de personas interesadas.

En 1934 deja Heidegger el Rectorado de la Universidad de Friburgo. Pero las esperanzas depositadas por él en la nueva situación revolucionaria creada por el nazismo no terminan con ello; su propósito es encontrarle a la filosofía 'su lugar de inserción' en aquella situación, como dice en carta a Jaspers del 10 de mayo de 1933 (cit. en p. 313). Todavía está dispuesto a reclutar la ayuda del gobierno de Hitler para realizar ciertas ideas suyas. Se dedica en 1934 a desarrollar el proyecto de crear una

academia de docentes, que sería, dice Safranski, "una especie de convento para filósofos" (p. 314). Heidegger se muestra dispuesto a trasladarse a Berlin si se le ofrece la posibilidad de llevar a cabo tal proyecto.

Se trataba de fundar una institución estatal obligatoria para todos los docentes universitarios que pudieran convertirse alguna vez en profesores ordinarios. Serían preparados ideológicamente para acordarlos con los programas oficiales en materias culturales y educacionales. Las universidades serían despojadas de la concesión de la *venia legendi,* que solo se obtendría al final de la preparación en la nueva academia. Se habla de Heidegger como el posible director. El filósofo prepara planes detallados que definen la academia como 'una comunidad educacional de vida'. Despacha su trabajo a Berlin en agosto de 1934. Los planes no se realizan; intereses contrapuestos e intrigas de enemigos del filósofo, que presentan informes en los que se refieren a él en términos insultantes, logran imponerse ante las autoridades.

Pero Heidegger "sigue disponible para servir al aparato ideológico del régimen" (p. 316). En 1934 es llamado a incorporarse a un comité de la 'Academia de Derecho Alemán' que, según el programa oficial, le dará un nuevo fundamento a este derecho. Concebido para funcionar como "un comité de lucha del nacionalsocialismo" (p. 316), éste sesionaba en Weimar, en el Archivo Nietzsche. Heidegger trabajó en él hasta 1936. Pero es patente que ya en estos años comienza a perder su anterior interés en la política. Junto con este proceso va cambiando también su apreciación de las posibilidades que la política ofrece. En las lecciones sobre *Schelling: De la esencia de la libertad humana* dice: "Pronto se pondría de manifiesto la profunda falsedad de la frase que le dijo Napoleón a Goethe en Erfurt: 'La política es el destino'. No, el espíritu es el destino y destino es espíritu. Pero la esencia del espíritu es la libertad" (cit. en p. 316).

El espíritu y el arte, en particular la poesía pero también las artes plásticas, se harían inequívocamente presentes, de acuerdo con los propósitos del Heidegger tardío, en la obra de los últimos 40 años de su vida (1936-1976). La presencia de la poesía como tema y como fuente de un lenguaje muy diverso del filosófico tradicional, incluido el del Heidegger temprano, es clara en esta etapa. Pero, ¿qué significa, realmente, la sustitución de la política por el espíritu y la poesía, desde el punto de vista de la doctrina que encontramos en las lecciones y los escritos, las conferencias y las cartas de la madurez? No es fácil decirlo, en parte, sin duda, por la oscuridad y el carácter enigmático de la producción posterior heideggeriana, que para ser comprendida exige ser interpretada y solo puede ser interpretada dándose el lector un enorme margen de libertad adivinatoria para la que una educación filosófica no prepara bien. En este sentido se ve que, o el filósofo ha perdido la fuerza persuasiva e impositiva de sus primeros escritos, o que tal vez ha renunciado a ejercer poder sobre los demás y solo se dirige a ellos para insinuarles posibles caminos intelectuales no hollados antes por nadie. Este nuevo estilo, que Safranski no caracteriza, podría estar ligado a la renuncia de la voluntad que Heidegger proclama como un rasgo principal del pensar filosófico postmetafísico.

En efecto, entre 1936 y 1940 ofrece Heidegger varios cursos sobre Nietzsche en los que resulta evidente que su interpretación de este pensador ha cambiado y que ahora le asigna una nueva ubicación en lo que Safranski llama "la gigantomaquia de la historia del ser" (p. 292). En estos cursos discute detalladamente la cuestión de la voluntad, tan importante en la obra de Nietzsche como, en un sentido diverso, en la de Heidegger. Este trata de mostrar en las lecciones que la voluntad de poder, reclamada por los ideólogos nazis como cosa propia, no representa en realidad una superación del nihilismo, sino su culminación o perfección, sin que los políticos adeptos de Nietzsche se hayan dado cuenta de ello. "De esta manera las lecciones sobre Nietzsche se convierten en un ataque frontal contra la degradada metafísica del racismo y el biologismo" (p. 338). Al poco tiempo, durante y después de la guerra, vemos a Heidegger (p. 369) presentando su propio programa de renuncia a la voluntad (*Gelassenheit*), esto es, situándose por asociación en un panorama postnihilista que no le debe nada al nazismo. Esto vendría a ser algo así como el triunfo del fracaso político.

Safranski se esfuerza por presentar los diversos aspectos, no siempre compatibles entre sí, del pensamiento del ser en la obra tardía de Heidegger. Pero no logra, a mi juicio, organizarlo en una exposición conjunta convincente. Por un lado ofrece una interpretación del ser que simplifica y deforma los esfuerzos de Heidegger, pues sostiene que el ser no sería otra cosa que la apertura gracias a la que se muestra lo que aparece (p. 473); por otra parte identifica, inconsecuentemente, al ser heideggeriano con Dios, o, mejor dicho, con algún dios (p. 410). Ninguna de estas dos propuestas es admisible si tenemos en cuenta que la pregunta por el ser está presente desde el comienzo hasta el fin de la carrera intelectual del filósofo sin nunca autorizar, ni expresa ni inexpresamente, las proposiciones de Safranski. Más vale confesarse que carecemos de una respuesta a la pregunta por el ser, tanto porque Heidegger no la ofrece como porque sus intérpretes tampoco han dado con ella. A lo sumo estamos en condiciones de preguntar por el carácter de esta pregunta y por su función en la obra de Heidegger. No más que preguntas sobre la pregunta.

El libro de Safranski presta un servicio valioso a los estudios del filósofo y resulta ser, por eso, un complemento indispensable de la lectura y la reflexión dedicada a la obra del pensador. Mirándolo y evaluándolo en su conjunto, el libro de Safranski bien podría ser llamado una desmitologización de Heidegger. Allí donde este filósofo se ha convertido en un objeto de culto hace falta entrar en contacto con un enfoque no supersticioso de su obra, su personalidad y su biografía. Cuando se lo lee sin ubicarlo históricamente resulta fácil proyectarlo en direcciones míticas. Lo mitológico ha sido siempre ya separado de todo contexto histórico, político, psicológico, étnico, etc. La sola mención de las condiciones en que se desarrolló el trabajo de Heidegger y del posible impacto sobre él de realidades circunstantes parece una ofensa imperdonable a los mitopoetas. Safranski ayudará a evitar que le hagamos a uno de los grandes filósofos del siglo el dudoso homenaje de tratarlo como una aparición inexplicable en nuestro tiempo prosaico.